

Manuel Benet Navarro

# Buena suerte



Narrativa  
**PLAYA DE ÁKABA**

Primera edición: Septiembre de 2017  
© Manuel Benet Navarro, 2017  
© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.  
Fotografía de cubierta: © Cristina Ferrer  
Maquetación: Signo Comunicación Consultores S.L.U.  
Impreso en España

ISBN: 978-84-947461-4-7  
Depósito Legal: M-21261-2017

[www.playadeakaba.com](http://www.playadeakaba.com)  
[playadeakaba@gmail.com](mailto:playadeakaba@gmail.com)



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ESTE LIBRO ES UNA FICCIÓN, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES PURA COINCIDENCIA.

*A Samy, aunque ella nunca lo sabrá*



*La culpa se apresura siempre hacia su complemento,  
el castigo, y sólo allí encuentra satisfacción*

Lawrence Durrell,  
*Justine, El cuarteto de Alejandría I*



## Orden





A veces la muerte es un entretenimiento. A veces es solo una muerte, a veces es mucho más.

Tirada en la intersección de la calle San Luis con San Pablo y sin poder disfrutarlos, la señora Díaz agota en silencio sus últimos minutos de vida, que consume al mismo ritmo que su sangre se extiende por la calzada. Conociendo su devoción, el lugar habría sido de su agrado.

Mujer de complejión mediana con ligero sobrepeso, setenta y un años de edad, viuda desde hace cinco. Atropello con fuga, entre interrogantes y subrayado; una somera descripción del lugar, hora y día, agentes que acuden a la llamada. Declaraciones y datos de los testigos, diagnóstico preliminar de los sanitarios: traumatismo craneoencefálico. Conjeturas sobre el vehículo agresor: color, modelo, matrícula, velocidad a la que circulaba. Poco más incluirá el expediente policial, archivado una semana más tarde ante la falta de pruebas.

En unas horas, cuando el servicio de limpieza haya esparcido serrín y manguelado el asfalto y la sangre parezca otra mancha de aceite más, todo habrá sido eliminado de la memoria colectiva. Es decir: que sus dos nietos de siete y doce años se han quedado sin abuelos, que era aficionada a la cocina y a los programas de cotilleo, que afirmaba no tener preferencia política y que se dirigía a casa con una bolsa de verdura para preparar una menestra. Que en cada reunión navideña defendía a ultranza los valores católicos, que padecía hipertensión y que tenía problemas de azúcar. Que se las apañaba bastante bien sola pero sus hijos querían ingresarla en una re-

sidencia, *mamá es por tu bien*. Nunca le dijeron, aunque ella lo imaginaba, que la realidad es que necesitaban el dinero del piso. Es lógico que todo eso no tenga interés policial y cabe esperar que a pesar de las conversaciones que el atropello de la señora Díaz, convertida en anécdota destacada, animará esta noche a la hora de la cena, nadie más que sus familiares se acordará de este día en el futuro. Para Marcus eso no es exactamente así.

Llegan diecinueve minutos después de recibir el aviso por radio. La mitad de la calzada está ocupada por una veintena de personas en torno al cuerpo y los conductores que circulan por el carril libre reducen la velocidad al pasar, más por morbo que por precaución. A pesar de la autoridad que otorgan los uniformes, tienen que abrirse paso a través de la multitud dando brazadas. Al final del recorrido, una mujer tendida en el suelo permanece inmóvil. Bajo su cabeza, un charco de sangre oscura se extiende con la lentitud de lo irremediable y un fino reguero le cae por la comisura de los labios. Miguel hace una mueca de desagrado y mira a Marcus, que tiene la vista fija en el futuro cadáver.

Empujando a los curiosos y rogando un poco de colaboración, *háganse a un lado, por favor*, consiguen hacer espacio alrededor de la víctima. La muchedumbre observa la escena en silencio y con aceptada incomodidad, como un estudiante de medicina en su primera clase con cadáveres humanos. La frecuencia de renovación de los espectadores es elevada; personas que pasan por la acera se unen a la atracción mientras otras retoman su camino. Algunos asoman la cabeza por encima de las primeras filas o entre los huecos, como si luchasen por hacerse un lugar para la posteridad en una fotografía histórica. La aparición de los agentes ha echado a perder el mis-

terio y la magia de la escena; su llegada deja intuir el desenlace de la tragedia que interpreta en solitario la señora Díaz.

Sin esperanzas, Miguel se arrodilla y busca en la muñeca un pulso que no aparece. Lo intenta de nuevo en el cuello; la expectación entre los asistentes es absoluta, pero no hay premio. Apoya las manos en el suelo, se incorpora con agilidad y con los brazos en jarra mira alrededor. A su lado, Marcus está agachado en cuclillas. Su cara no tiene mejor aspecto que el del cadáver oficioso, a falta de certificación por un médico competente.

—Marcus, ¿estás bien?

—Sí, sí. Algo mareado.

—Ve al coche. Esperaré a la ambulancia. No hay nada más que hacer aquí.

Salir es más sencillo que entrar. El público, cuyo interés ha comenzado a decaer, juzga que la salida del figurante del escenario les ofrecerá una visión más amplia, y abre un pequeño pasillo para Marcus. El camino de vuelta al coche patrulla le parece eterno. Todo se difumina con rapidez; el señor mareo ha invitado al señor dolor de cabeza y a sus acompañantes las señoras palpitaciones en las sienes. Se deja caer en el asiento del copiloto con los pies fuera. A continuación, arcadas, que van y vienen en oleadas cada vez mayores hasta que llega el colofón: un líquido amarillento que expulsa con violencia, como si exorcizase un demonio que habitara en su interior. Le sigue un alivio momentáneo, que aprovecha para eliminar con un pañuelo de papel las salpicaduras del vómito en sus botas reglamentarias. Mete los pies dentro del coche y se apoya en el reposacabezas; con menor entusiasmo e intensidad las náuseas siguen paseando por su organismo. Inspira aire profundamente, como le enseñaron a hacer en su adolescencia para calmar la ansiedad. Respirar con el estómago, lo llamaba su psicóloga, aunque él sabía que era solo una expre-

sión; más tarde aprendió que su nombre técnico es respiración diafragmática o abdominal. Más allá de la terminología, tiene comprobado que de esa forma obtiene una mayor oxigenación y relajación, y a Marcus ninguna de esas dos cosas le viene mal en este momento.

Miguel regresa quince minutos después. Se han ejecutado los debidos trámites administrativos y judiciales. Llegó la ambulancia de la que bajaron dos hombres equipados con chalecos color naranja fluorescente que descargaron una camilla de patas plegables, se abrió un estrecho pasillo entre la multitud igual que el del Mar Rojo en el Éxodo, los mismos dos hombres cargaron el cuerpo de la señora Díaz, volvieron sobre sus pasos, la metieron en el interior de la ambulancia, cerraron la puerta y arrancaron en dirección al hospital más cercano sin la sirena puesta. Con la confirmación de la muerte, no hay ya ninguna urgencia. Finalizada la función, los curiosos que quedan se dispersan como hormigas sobre las que se han echado unas gotas de agua.

Miguel le observa desde el otro extremo del coche, apoyado en la ventanilla del conductor.

—¿Qué tal?

—Mejor.

—¿Qué ha sido?

—Me he levantado un poco descompuesto hoy.

Una mentira indistinguible de la verdad.

—Entiendo —dice Miguel en un tono casi inaudible.

Con la mirada perdida en un punto indeterminado del asiento del conductor, Miguel niega con la cabeza.

—Algunas personas confirman el atropello. Poco más.

—¿Y el conductor? —dice Marcus.

—No sé. En algún lugar de esta ciudad, imagino.

—¿Entonces?

—Qué miserable —dice Miguel ignorando la pregunta.

—¿Nadie vio nada? ¿La matrícula, una parte al menos? ¿El modelo, el color? —dice Marcus con un aire de ingenuidad infantil en su voz, fingiendo que algo de eso le importa lo más mínimo.

—¿Esos? —dice Miguel señalando al gentío que se dispersa—. Unos dicen que era gris oscuro. Otros que era azul. A nadie se le ocurrió mirar la matrícula y no recuerdan el modelo. He cogido los datos de varios testigos, pero dudo que saquemos algo en claro.

Miguel se incorpora y palmea sobre el techo del coche alternando las manos.

—La mayoría ha dicho que se trata de un atropello, pero ni siquiera en eso se ponen de acuerdo. Un par de personas dicen que estaba en la acera, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Las náuseas inaugurales se han batido en retirada dejando un olor a podrido y rancio que coloniza sus aletas nasales. Ignora si es real. Miguel no da muestras de percibirlo así que supone que debe de ser cosa suya. A finales de noviembre, el sol calienta más de lo normal y eso tampoco ayuda: un profuso sudor se extiende por su pecho y espalda y las palpitaciones se han acomodado en sus sienes sin intención de marcharse.

Cuando dejan atrás el lugar del atropello, los restos más incómodos han sido eliminados: agua y serrín, el procedimiento habitual. Todo ha quedado convenientemente oculto a la vista y la imaginación de los viandantes. No queda ningún curioso, nadie se detiene en su camino, solo algunas personas echan un vistazo al pasar sin mucho interés. Antes de que el escenario se pierda al girar el coche patrulla la esquina, Marcus echa una última mirada por el retrovisor.

Alex mira la pantalla de cristal líquido del reloj digital Casio que lleva en la muñeca. Las siete y trece minutos. Post Me-

ridiem. Deja la bolsa de deporte junto a la puerta y se queda inmóvil; solo se escucha el zumbido del frigorífico, pero a pesar de eso saluda en voz alta para asegurarse. Está en lo cierto: su tío todavía no ha vuelto del trabajo. Va directo a coger una lata de cerveza. Después del segundo trago se tumba con las piernas cruzadas y se quita las zapatillas empujando por el talón con el pie contrario. Adora sentir los almohadones hundiéndose poco a poco bajo su cuerpo. Remata la cerveza poniéndola en posición vertical, la apoya vacía en el vientre y la mirada se pierde en el techo. Eructa. Tiene que ducharse. Echa un vistazo a su alrededor. Sobre el mueble de la televisión una horrible lámpara de plástico intenta imitar sin mucho éxito el mármol. Debajo, varias fotografías: su tío en la adolescencia, su tío posando con una mujer que no reconoce, la misma mujer en blanco y negro, un hombre mayor sonriendo con una mirada perdida, su tío adulto vestido de uniforme y una dedicatoria que no puede leer, varias personas que no conoce, un niño empujando a una niña sentada en un columpio. Traga saliva.

Escucha el sonido de la puerta.

—Miguel, estoy aquí —dice oculto por el sofá.

Más de año y medio viviendo con él y todavía no se siente cómodo utilizando el parentesco. Sigue siendo casi un desconocido y prefiere su nombre de pila. No cree que eso vaya a cambiar en el futuro.

—No pensé que estuvieras ya en casa —contesta Miguel cuando llega al comedor.

Su tío siempre utiliza esa palabra: *casa*, como sinónimo de hogar. Para Alex solo define un lugar cerrado por paredes y cubierto por un techo, diseñado para que en su interior habiten (vivan) seres humanos. Su definición no exige nada más: vivir, existir, sobrevivir, subsistir. Él ya ha estado en una casa y

no significa lo mismo que hogar. No tiene ninguna duda. *Casa*. Sustantivo, femenino, cuatro letras. Eso es todo.

—Sí, he llegado hace poco —dice sin mirarlo.

Todavía con el uniforme, Miguel se acerca al sofá por detrás y apoya los brazos en el respaldo.

—Pensé en pasar por el gimnasio a recogerte, pero ha sido un día horrible.

Esas dos frases no guardan una relación de causalidad y no le interesa lo que venga después, sin embargo se siente obligado a mostrar interés.

—¿Y eso?

—La gente es muy miserable, Alex. Ya te irás dando cuenta.

No será necesario. Es una lección que hace tiempo que aprendió y que no se le olvidará. No dice nada para dar pie a Miguel a continuar.

—Un atropello, esta mañana. El conductor se ha dado a la fuga y cuando la ambulancia ha llegado ya no había nada que hacer. ¿Te puedes creer que nadie recuerda la matrícula ni el modelo? —Miguel mueve la cabeza y suspira—. Supongo que debería estar acostumbrado.

Tras escuchar el pensamiento de Miguel en voz alta, Alex ve que se ha fijado en la cerveza y adivina lo que sigue a continuación. Se anticipa poniendo cara de resignación.

—Vamos, en dos semanas tendré dieciocho años.

—En efecto, tú lo has dicho: en dos semanas. Da igual, no me quedan fuerzas para discutir hoy. ¿Has cenado?

—No tengo hambre. He comido algo al salir del gimnasio.

—Tienes que comer.

—Más tarde, ya te he dicho que no tengo hambre.

—Vale, tranquilo. No voy a insistir, ya eres mayorcito.

Su tío se aleja hacia la cocina. Alex valora levantarse a coger otra cerveza, pero una cosa es que el conflicto aparezca

por la puerta y otra muy distinta ir a buscarlo. Intenta una aproximación diferente.

—¡Miguel!

—¿Qué?

—¿Me traes otra cerveza?

Unos segundos después escucha una risa. Alex sonrío, complacido por haber logrado la reacción buscada. Miguel aparece de vuelta con una lata en la mano.

—¿Sin alcohol?

—¿Me la llevo?

—No. Me la beberé.

—Eso pensaba.

Antes de regresar a la cocina, Miguel hace un nuevo intento.

—Última oportunidad. ¿Quieres algo de cenar?

—Venga, te haré ese favor —replica Alex irónico.

Como es habitual, la cena transcurre en silencio en la mesa de la cocina. A veces Alex hace un cumplido sobre las dotes culinarias de Miguel, que este agradece con un movimiento de cabeza, y eso suele ser todo. Solo en casos excepcionales algún tema, por lo general conflictivo, interrumpe la calma.

—Necesito dinero —dice Alex casi en un susurro.

—¿Para qué quieres el dinero? —dice Miguel sin levantar la cabeza del plato.

—Para comprarme una moto.

—¿Qué?

—Necesito una moto.

—¿Necesitas? Vaya por Dios. ¿Cómo que *necesitas*?

—Pues eso, que la necesito.

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando?

—¿Mil euros? —pregunta Alex tanteando.

—Alex, ¿me estás preguntando a mí cuánto dinero necesitas?



—No, no. —Recapacita y corrige—: Sí, mil euros. Más o menos.

—Mil euros. Más o menos. Ya.

Miguel aguarda un instante y arranca a reír. Le cuesta medio minuto recuperarse.

—Lo siento, Alex. Ahora no puede ser. Más adelante. Lo hablamos más adelante, ¿de acuerdo?

Alex asiente con la cabeza y devuelve la mirada al plato aparentando decepción; era justo lo que esperaba. El resto de la noche no aportará demasiados cambios. Recogerán la mesa, eliminarán los restos de comida y remojarán los platos, que dejarán en la pila para el día siguiente. Para rematar la jornada se sentarán en el sofá frente a la televisión y Alex tomará una decisión y se justificará a sí mismo pensando que no podrá decir que no se lo pidió.

De vuelta de la comisaría, Marcus se detiene paralizado delante de la puerta de su casa. Con el cadáver de la señora Díaz en su memoria, tiene el presentimiento de que al introducir la llave en la cerradura se iniciará una cuenta atrás que hará que su vida se desvanezca ante sus ojos, sin otra opción que asumirlo. Que cada muesca de la llave que se pierde en el interior es un paso más hacia el precipicio, y que al llegar al final del recorrido no habrá marcha atrás. El salvoconducto ha expirado, es hora de pasar por caja y someterse a alguna clase de justicia divina. Ya ha experimentado antes la sensación de encontrarse en un camino sin salida más allá del punto de no retorno, pero esta es la primera en la que reconoce un atisbo de certeza, lo que le asusta tanto como le consuela.

A pesar de una amenaza que percibe tan invisible y poco fundada como real, empuja la llave hasta el fondo de la cerra-

dura, da una vuelta y con una ligera presión de los dedos las bisagras giran y la puerta se abre, como cualquier otro día. Necesita tocar la madera lacada para cerciorarse de que sigue allí, con la misma solidez de siempre. Avanza con cautela por el pasillo, todavía con miedo a que todo se desvanezca en el aire. No ocurre nada; el mundo permanece bajo sus pies, su universo continúa igual: las mismas fotografías de siempre colgadas en la pared atrapadas en los mismos marcos de siempre, demasiado relucientes, demasiado plateados, demasiado limpios. La cama sin hacer, las mantas en el sofá, los restos de la cena de anoche y el libro que es incapaz de terminar sobre la mesilla. Todo eso comprimido en una casa tan tangible como puede desear y odiar en esos momentos.

Las llaves tintinean con un sonido cristalino y metálico al dejarlas sobre la mesa del comedor. En la cocina abre una botella de vino y mientras llena la copa le sobreviene una sensación de tranquilidad, al constatar que lo sólido sigue siendo sólido y lo líquido sigue siendo líquido. La calma no dura mucho; el color del vino despierta la visión de la sangre oscura y alquitranada de la señora Díaz reptando por el asfalto y esa trae de vuelta una más antigua, salvaje y sombría.

Alguna vez creyó que el silencio y no volver a hablar de ello lo enterraría, hasta que un día no fuese posible desenterrarlo, pero con los años ha tenido que admitir que eso simplemente no pasará. Marcus ha aprendido que no es lo mismo olvidar que *querer* olvidar. Es todo lo contrario, porque el esfuerzo consciente por exiliar ese hecho de la memoria solo lo trae de vuelta una y otra vez, grabarlo con más fuerza allí donde quiera que se almacene. Puede desear que desaparezca, pero la realidad es que no tiene ese nivel de control sobre su mente, y el proceso acaba por ser una inversión de tiempo y energía estéril y contraproducente.

La prueba palpable de tal incapacidad es la propia señora Díaz. Ha bastado una inofensiva y frágil mujer muerta sobre el asfalto para profanar la tumba de sus demonios y traerlos de vuelta del sueño en el que los había sumido. Siempre ha sabido lo fácil que era, pero se resistía a admitirlo. Le anima pensar que al remover su interior, la fallecida ha pasado a formar parte de él de una manera que no se atreve a anticipar. Que su desaparición no será, intuye, en vano.

En la ducha el agua que le cae por la espalda está demasiado caliente. El truco que utiliza para acostumar la piel a esa temperatura consiste en girar el monomando hacia la izquierda, lentamente, lo que permite a la epidermis aclimatarse. Si se tira una rana a una olla de agua hirviendo, saltará fuera y se alejará escaldada, pero si se sube la temperatura poco a poco, acabará cocida. Marcus tiene la sensación de que ese es su caso; percibe cómo todo a su alrededor burbujea, y no encuentra más alternativa que permanecer dentro de la olla y esperar el desenlace, porque la oportunidad de huir pasó hace mucho tiempo. *Te acostumbras a todo hasta que dejas de hacerlo y entonces saltas fuera si puedes o mueres dentro.*

Sale de la ducha con un ligero mareo. Mojado, con el albornoz y otra copa de vino se sienta en el sofá y apoya los pies sobre la mesa. En la televisión, una reportera maquillada en exceso y que vocaliza demasiado le habla a la cámara en un tono infantil. En la mano sostiene un voluminoso micrófono y acompaña sus palabras con exageradas gesticulaciones, como si ahuyentase una mosca inexistente. Detrás de ella, los idiotas congénitos de siempre aprovechan la retransmisión en directo para saludar a los telespectadores al otro lado de la emisión. Podría masturbarse, quizá así consiga relajar un poco la tensión, y la ocurrencia le provoca una contracción en la zona del perineo, pero cambia de canal a propósito para evitar la frustración de no alcanzar una erección decente, y el camino que

su miembro ya había recorrido se desvanece al instante. Uno tras otro, recorre los canales sin encontrar nada que valga la pena. En el proceso, recupera su primera intención y busca de nuevo a la joven periodista. No la encuentra, pero está decidido a hacerlo con o sin ella, y cuando comienza a masajearse la entrepierna escucha la puerta. El sonido al cerrarse cede el paso a los tacones de su mujer. Se tapa las partes íntimas con el albornoz (*¿es que tienes algo que esconder?*) y coge la copa. Ella le aborda por la espalda, le da un beso en la mejilla y le acaricia el pelo húmedo.

—No esperaba que fueses a llegar tan pronto.

Marcus no contesta y sospecha que Valeria está a punto de indagar en la causa del silencio. La confirmación no se hace esperar. Los hechos no se desvían de lo esperado:

—¿Qué ocurre, estás bien?

Tarda poco en encontrar una respuesta que no necesite desarrollar.

—No, nada. Cansado. Solo cansado.

Valeria se inclina y lo rodea por el cuello con los brazos. Su pelo sobre los hombros de Marcus es agradable pero no lo suficiente. Él no es un televisor, donde en el escaso tiempo que la circuitería interna transmite los pulsos eléctricos, se pasa de una película de terror a una comedia romántica. Marcus se deshace del abrazo con un movimiento de hombros y subraya el mensaje con un tono cortante que no deja lugar a la duda.

—Valeria, ya te he dicho que estoy cansado.

Ella se despega con un chasquido.

—Mira que a veces eres imbécil, cariño. Cuando se te pase me avisas —dice, y sin pronunciar otra palabra se dirige al dormitorio.

Marcus sabe que antes de que sea demasiado tarde debería corregir el rumbo que va a tomar el clima de la casa durante las próximas horas. Eso sería lo mejor, aunque se contiene; ni

desea hacerlo ni tiene la voluntad necesaria. Su mirada sigue fija en la pantalla de televisión y el pulgar cambia de canal como si fuese un ente autónomo. No queda rastro de la erección ni de las ganas de masturbarse y ni pensar en la posibilidad de un acercamiento conyugal con propósitos sexuales para más tarde. Echa la cabeza atrás, cierra los ojos y llena los pulmones. Quizá no mintiese, quizá sí esté cansado, agotado de llevar la misma carga demasiado tiempo él solo.

Escucha pasos que salen de la habitación, entran en el baño, luego en la cocina. Durante un buen rato Valeria se mantendrá ocupada en otras estancias de la casa y evitará cualquier contacto visual o verbal, lo que viene a significar algo como: *Si vas a estar en ese plan me importa una mierda, Marcus*. Orden de alejamiento voluntaria, que no tardará en llegar al punto de no retorno, ese en el que la inercia será tan grande que no habrá vuelta atrás. Se le acaba el tiempo para admitir una culpa que no quiere reconocer y pedir perdón. Eso o dejar que las cosas sigan acelerándose cuesta abajo y aguantar el impacto al final de la pendiente. Resignado y molesto, se levanta. Encuentra a Valeria apoyada en la encimera de la cocina, todavía con la ropa del trabajo, las piernas cruzadas y fumando un cigarro con la vista perdida en los azulejos de la pared. Marcus se coloca justo delante y ella tarda en mirarlo. Cuando lo hace, sus ojos entornados para protegerse del humo transmiten indiferencia y desgana, una pizca de desprecio y algo de odio. Él le devuelve la mirada y sonrío, pero el contacto visual apenas dura un segundo.

—Lo siento, cariño. No he tenido un buen día.

Valeria da una última calada al cigarro y lo apaga en el cenicero con meticulosidad.

—Ahora soy yo la que está cansada y a la que no le apetece hablar —dice ella sin mirarlo a la cara.

Se separa dándose un pequeño impulso y Marcus siente el aire moviéndose cuando ella pasa junto a él, que se ha vuelto transparente. La inercia es ya demasiada, solo queda esperar.